

# La mirada del poeta

Autor(en): **Nora, Eugenio de**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Versants : revue suisse des littératures romanes = Rivista svizzera delle letterature romanze = Revista suiza de literaturas románicas**

Band (Jahr): **12 (1987)**

PDF erstellt am: **27.07.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-258075>

## **Nutzungsbedingungen**

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

## **Haftungsausschluss**

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

## LA MIRADA DEL POETA

Habría que plantearse, para empezar: ¿es el poeta un ser distinto, acaso radical y categóricamente distinto de los otros hombres, en general? Porque entonces su mirada sería también diferente, peculiar: justamente, «la mirada del poeta».

Sin ir al fondo de una cuestión que nos llevaría a un laberinto sin salida (y, en rigor, sin entrada, puesto que es nuestra propia reflexión la que lo crea al pensarlo: todo depende, en primer lugar, del carácter – inmanente o trascendente – que demos a esas dos palabras: hombre, poeta), cabe sólo recordar que, en ciertos ámbitos de cultura de idealismo trascendental (para nosotros, para un tipo de hombre «greco-judaico-romano-cristiano-europeo», según dijo con sorna Celaya; para nosotros, pues, desde Platón y la Biblia de los poetas-profetas, donde el dios o los dioses hablan a través de una voz sólo aparentemente humana), la poesía asume impresionantes poderes órficos o vaticinantes; o bien, en un nivel más «actual», según la muy conocida formulación hölderliniano-heideggeriana, «la poesía fundamenta (o instauro) al *ser* con la palabra». Personalizando una noción del poeta muy cercana, Juan Ramón Jiménez, «animal de fondo» divinizado, se veía y sentía ya, en su misma infancia, el «niñodios» de Moguer, a la vez que luego el creador único de su solo y propio mundo. ¡Abrumadora responsabilidad!: el poeta sería entonces la máscara del dios que en él habla, si no el dios (¿el Dios?) mismo.

En el extremo opuesto, en áreas de pensamiento mucho más «secularizado» y crítico, puede llegar a decirse, extremando una orgullosa modestia, lo que Gabriel Ferrater escribía en 1960: «Entiendo la poesía como la descripción de algunos momentos de la vida moral de un hombre ordinario, como soy yo. Ninguna de las cosas que mis poesías consignan tiene un valor eminente...» O bien, con el evidente optimismo marxiano y

pragmático que (al menos hacia 1950) lo caracterizaba, Celaya podía asegurar que «la poesía es un instrumento, entre otros, para transformar el mundo...»

Pues bien; entrando ahora en materia y hablando en primera persona (pues estas líneas no tienen otro sentido ni alcance que el de un simple testimonio personal) diré, esperando poder no ser ni ecléctico ni superficialmente sincretista, que participo «un poco», sin aceptarlas del todo ni rechazarlas por completo, en las nociones que acabo de exponer, por muy contradictorias que parezcan. Si en vez del dios o los dioses ponemos una forma de conciencia que consigue romper y sobrepasar los límites del individuo; si en vez de hombre «ordinario» ponemos hombre a quien nada humano es ajeno; si en vez de poesía instrumental y militante decimos poesía que a través del testimonio empuje a la superación de ese ser menesteroso y en continuo proceso que somos todos, cada una de esas ideas puede tener y tiene su fecundidad. (Aparte de que el «utilitarismo» político de la poesía tiene pleno sentido en un contexto de Dictadura, y que la «ordinariedad» exhibida por Ferrater era seguramente oportuna, como reacción a cierta beatería neorromántica, cuando él la formuló.)

Para mí el poeta empieza por ser (quiero decir, es *antes*, cronológica y ontológicamente) un hombre; pero no un hombre «cualquiera», común u ordinario, sino alguien que se esfuerza por «ser lo que es» con plenitud, que trata de ir más allá de sus fronteras, de ensanchar los límites de su propia humanidad. En este sentido (y sin duda en concurrencia con los arquetipos del «sabio» y del «santo») una especie de super-hombre (poco o nada «nietzscheano», por supuesto). No otro me parece el origen (aunque quizá él lo expusiera acentuando más la perfección de la «obra», lo que de «artista» o artífice debe haber *también* en el poeta) de la constatación del viejo Horacio

*... mediocribus esse poetis  
non homines, non di, non concessere columnae.*

En efecto, un poeta «discreto», regular, mediocre, no es un poeta, sino un versificador. Y decir esto es ya, indudablemente, empezar por fin a responder a nuestra pregunta: tal es la mirada que el poeta, un poeta, dirige hacia sí mismo.

¿Y hacia el mundo exterior? Lo primero (me parece) es *creer* en él, estar persuadidos de su existencia. Pues hay poetas «idealistas» que se diría que «creen» únicamente en la palabra, en un mundo de palabras. Supongo que en ese caso «ven» el mundo, si «pueden» verlo, como una nebulosa fantasmagórica, como una «nada» en la oscuridad o en una penumbra de la que sólo ellos rescatan algunas briznas de belleza o de «ser».

En cuanto a mí, por muy diversas motivaciones de formación y de origen (¿cómo un campesino no va a creer y saber que la tierra está ahí, antes y después que él?), me considero sin vacilación «realista», en cuanto creyente y sintiente de la realidad efectiva del mundo exterior. Con una corrección importante, acaso: que no veo el mundo como un mundo de «cosas», sino más bien de «procesos». Y aquí entra, creo que muy a fondo, la «mirada». Para mí hay una primera mirada «hacia afuera», jugosa, precisa, sensorial en extremo. Apenas concibo un auténtico poeta que no posea, para empezar, esa mirada llena de frescura, una capacidad para *ver* el mundo como inédito, como recién creado a cada momento. Claro que esa capacidad tiene que ser innata, no «voluntaria»; voluntaria sólo, sobre todo, ya no lo es, ni puede serlo: nada más gastado y triste que una ingenuidad fingida. Sin embargo, por muy fresca y desnuda que sea, la mirada humana es ya en sí condicionante, constructiva. Según dijo o cantó Jorge Guillén

*los ojos no ven: saben;*

lo que se *piensa* ayuda, estructura, contribuye constitutivamente a *ver* lo que se ve, y sobre todo a «darle» un sentido (y no otro, o ninguno, que es acaso lo primario).

El poeta que permanece en esta primera fase puede ser excelente (aunque quizá no plenamente «grande»: piénsese lo que ocurre en el caso límite de Góngora, tan preponderantemente sensorial y hasta visual); será un poeta relativamente «superficial». A esa inicial captación «exterior» del mundo, debe seguir una nueva mirada que yo llamaría penetrante, taladradora. El auténtico gran poeta *ve* siempre más allá de lo aparente: en la semilla, la flor, el fruto, el árbol entero... y otra vez la semilla; en el cuerpo floreciente, el esqueleto que será, como en el esqueleto, la vida fragante que fué; en todo, el carácter permutativo,

equivalente, de los contrarios; es decir, la inagotable, inmensa germinación prometedora de cada realidad, a la vez que su ineluctable y fatal consumación última. Y es aquí donde se interfieren y confunden, según creo, mirada, conocimiento y conciencia: ¿qué es, en su ápice, en su culminación, la mejor poesía de cualquier época, sino la revelación luminosa y terrible de las bodas del ser y de la nada? ¿O un ver y no querer ver, «refugiándose» en el sucedáneo de la belleza? ¿O el trágico «entretenerse» en un transcurrir que sabemos muy bien efímero, provisional,

*antes que el tiempo muera en nuestros brazos,*

como para aplazar la inadmisibile, la inasimilable verdad?

Hasta un poeta nuestro – Manuel Machado – con patente de «superficial», y en un poema que es en parte un ejercicio de brillante formalismo, tras exponer muy ingeniosamente el paralelo entre las estrofas del soneto que fluye y las etapas de la vida, deja caer de pronto, con ágil gravedad andaluza:

*... Y cuando en el terceto último entramos  
es para ver, con experiencia vana,  
que se acaba el soneto... Y que nos vamos.*

Siempre, en los mejores casos o momentos, el *ver* del poeta como un radical *conocer*.

Sí; yo veo la poesía – con la mirada del poeta – como una suerte de paradójico nihilismo creador, de salto trágico, de toreo estoico entre lo que es (o ha sido, o será), y lo que (como del paraíso decía desoladamente Gaos) no ha existido, ni existe, ni nunca existirá. El resto, la habilidad del artífice, incluso la consecución de ese *état essentiel* de la *parole* que buscaba Mallarmé, tiene quizá su importancia, pero viene después. Lo radical, lo primario, es una mirada que conoce.

*Eugenio de Nora*  
Université de Berne